

estilo escultórico y policromo la muerte y Asunción de María.

Desde Granada a Nueva España, desde doña Cristobalina a Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra poesía femenina tiende un puente de poesía en honor de la Virgen de las Angustias y de Guadalupe. Y la Asunción es cantada por Juana de Asbaje en estrofas con eco, ricas de cristalina resonancia.

Necesario es ya correr hacia el final de estas vertiginosas notas. El siglo XVIII, todo lo prosaico que se quiera, no deja de ofrendar a María sentidas poesías. Luzán, Fray Diego González, que parafrasea el «Magnificat» en liras elegantes. Y hasta el mismo Leandro Moratín, el escéptico, se siente conmovido en su visita en Italia a la Virgen de Lendinara y escribe una oda deliciosa. Y puesto que «Ella comprende, aunque de voz carezca el idioma del alma», Moratín se siente por Ella inspirado y anhela arder de corazón en amor divino, y quiere sólo adorarla como los eternos Espíritus, entre el incienso que sube a los corvos techos, mármoles, oros, bóvedas pintadas.

Con el romanticismo la poesía se torna otra vez jugosa, y Zorrilla canta a la Virgen en tiernas poesías líricas, como aquélla en que recuerda las oraciones en la iglesia junto a su madre, mientras en sus leyendas, sobre todo en «Margarita la Tornera», recoge tradiciones devotas.

Otro de los grandes poetas del siglo, Jacinto Verdaguer, canta en su lengua catalana a Nuestra Señora, en gozos que recuerdan la mejor poesía sacerdotal de Lope. Mientras, en Castilla, un Amós de Escalante, desde su

Montaña de Santander, reza devotísimamente, y con cuánta elegancia, a la «Ave Maris Stella».

Dichosamente, la poesía española de nuestro siglo se distingue de nuevo por su fervor mariano. Más que en los que abrieron la centuria, donde encontramos, sin embargo, a un Gabriel y Galán, o a un Manuel Machado, o a un Eduardo Marquina otro cantor —naturalmente— de Montserrat, en los que han venido después y se hallan en plena carrera. Hasta alguno que luego renegaría sus fervores juveniles, como el Alberti inspiradísimo del tríptico, triduo a la Virgen del Carmen. Y luego, García Lorca, con sus saetas de Semana Santa, y Luis Rosales, cantor de la Anunciación, delicadísimo, y Leopoldo Panero, poeta de la Asunción, y, más o menos, nuestros mejores poetas maduros y jóvenes de hoy.

Quiero cerrar estos apuntes, recogiendo el devoto soneto central de Alberti. Y que la Gloriosa le valga por lo que escrito quedó en su pecho:

Que eres loba de mar y romadora,
Virgen del Carmen, y patrona mía,
escrito está en la frente de la aurora,
cuyo manto es el mar de mi babia.

Que eres mi timonel, que eres la guía
de mi oculta sirena cantadora,
escrito está en la frente de la prora
de mi navío, al sol del mediodía.

Que tú me salvarás, ¡oh marinera
Virgen del Carmen!, cuando la escollera
parta la frente en dos de mi navío,

loba de espuma azul en los altares,
con agua amarga y dulce de los mares
escrito está en el fiero pecho mío.